

# RESEÑA DE LIBROS

CERYCH, LADISLAV: *Former des hommes. L'aide à l'éducation dans le tiers monde.* París, Plon, 1965; 284 páginas.

Ciertamente, como dice Cerych, no está demostrado que la expansión de la educación deba necesariamente preceder a la expansión económica (algunos ejemplos históricos —concretamente, el de Gran Bretaña— evidencian lo contrario). Ahora bien, parece que las exigencias del desarrollo acelerado imponen, al menos, una simultaneidad entre las dos (los casos del Japón y de la URSS así lo prueban). Con todo, un hecho resulta indiscutible: existe una estrecha unión entre un nivel elevado del desarrollo económico y un nivel elevado de educación.

\* \* \*

Pues bien, el fin de la obra aquí registrada es trazar las líneas generales de una coherente política de ayuda exterior a la educación, definir las condiciones que han de hacerla más eficaz y determinar los medios para la coordinación internacional de esa ayuda.

Esta dirección, y dentro de la introducción, el primer capítulo de este volumen va encaminado a establecer la envergadura de las necesidades globales de los países subdesarrollados, en materia de educación. Ello se lleva a cabo a través de los detalles de los Planes de Karachi, Addis Abeba y Santiago de Chile (necesidades y recomendaciones en tal orden de cosas).

Una vez señaladas las necesidades educativas de los pueblos subdesarrollados, se pasa—y en el marco de la parte introductora—al análisis de las razones de una ayuda exterior a la educación. Una respuesta dada por el autor se recoge seguidamente: la ayuda a la educación es una condición de eficacia de todas las otras formas de asistencia al desarrollo.

Cerca de cien páginas—pp. 51-143—comprende la segunda parte del volumen reseñado, consagrada al enfoque del papel de la ayuda exterior en los diferentes sectores de la educación: enseñanza primaria, enseñanza secundaria, enseñanza superior, enseñanza rural y enseñanza de la mujer, y educación extraescolar (lucha contra el analfabetismo y formación profesional).

Ahora bien, junto al problema de los niveles de educación, hay la cuestión del contenido de la educación.

Pues bien; en esta parte el autor se enfrenta con tal asunto. Interesante valoración, como lo revelan las reflexiones sobre el falso dilema educación general—educación técnica.

Pone fin a esta parte un apartado relativo a la ayuda a la planificación de la educación y a la ayuda a la investigación.

La tercera parte—69 páginas—tiene por objeto poner de relieve las formas y los medios de la ayuda exterior a la educación: problemas previos de clasificación (ayuda a proyectos específicos o a programas de conjunto?; ¿asistencia para financiar inversiones o gastos corrientes?; ¿asistencia a título gratuito o a título de préstamo?); envío de docentes (criterios favorable al envío a sectores clave—por ejemplo, profesores de profesores—; gran interés de la fórmula de los *Peace Corps*, cuyas peculiaridades son desmenuzadas); estudios en el extranjero (defectos y peligros—como el desarraigo—, y justificación de los estudios de un número limitado de personas); equipamiento pedagógico y nueva tecnología de la educación (problema de los manuales, radio y televisión escolares), y envío de expertos (exigencia de preparación previa y de misiones de duración bastante larga).

Ahora bien; ante la multiplicidad de las fuentes de ayuda a la educación—que, si bien es un feliz hecho, presenta problemas cuya solución puede ser decisiva para una distribución más eficaz de la ayuda—, se impone la organización de tal asistencia: tema de la cuarta parte del libro comentado.

Con ese objetivo, un par de capítulos se ocupan de las clases de ayuda pública—bilateral y multilateral—y de la ayuda privada (pros y contras e importancia), de la coordinación y la colaboración entre los donantes, impuestas por la mentada multiplicidad de las fuentes de ayuda a la educación y la consiguiente desorganización actual. Coordinación, en el sentir de Cerych, deseable y posible. Y conviene notar que, a su juicio, la organización más calificada para el papel de coordinador no es la UNESCO, sino la OCDE y, en particular, su comité de ayuda al desarrollo (*vid.* pp. 245-246). Parejamente, el autor se muestra favorable a la aplicación del sistema del consorcio para la ayuda a la educación: un número limitado de naciones agrupadas a fin de emprender en común determinadas tareas o proyectos específicos en un país sub-

desarrollado o en una región en vía de desarrollo.

En conclusión, Cerych elabora una doctrina de la estrategia de la ayuda exterior a la educación. Y creemos que vale la pena meditar sobre los elementos de esta construcción de Cerych.

La obra se completa con una bibliografía de obras básicas en torno a la cuestión estudiada. Aparte, en esta ruta, son de mencionar las abundantes—y útiles—tablas insertas en el texto.

\* \* \*

En resumen, la obra da una visión de conjunto del problema de la ayuda exterior en la esfera de la educación. Y con una particularidad: se esfuerza por sugerir en cada punto una solución concreta.

Obra, por otro lado, muy trabajada.

El punto de partida del volumen reseñado era un seminario restringido—y las orientaciones emanadas de él—, organizado en Bellagio—en el verano de 1962—por el Instituto Atlántico, y en el que participaban una docena de expertos de varios Estados occidentales. A la elaboración de este libro han contribuido, asimismo, los consejos de expertos de organizaciones internacionales y de gobiernos nacionales, de especialistas de universidades europeas y americanas y los comentarios y las sugerencias de unos doscientos especialistas (tanto de los países desarrollados como de los subdesarrollados).

Por otra parte, el doctor Cerych, nacido en Checoslovaquia, estudiante en Praga y en Ginebra, ha sido—sucesivamente—periodista, profesor en el Colegio de Europa de Brujas, investigador en el Instituto Atlántico y consejero del Instituto Internacional de planificación de la educación.

Verdaderamente, tiene razón el autor cuando asegura—en las últimas líneas de su estudio—que, en el terreno de la ayuda exterior a la educación—como en tantos otros terrenos—, no existen fórmulas simples ni recetas mágicas.

Ahora bien; si, en este asunto, no cabe pensar en echar mano de fórmulas simplistas o de recursos mágicos, no hay duda de que cualquier mente consciente comprenderá el realismo de la directriz aconsejada por Cerych: únicamente un extenso y continuo esfuerzo de racionalización de los métodos aplicados permitirá progresar hacia el objetivo—reconocido por todas partes—del desarrollo económico y social a tra-

*vés del desarrollo de los recursos humanos.*

Por supuesto, hemos de reconocer que la empresa es de gran envergadura. Pero hemos de reconocer, paralelamente, que una de las claves del progreso y de la paz del mundo se encierra en el desarrollo del potencial humano por medio de la educación.—LEANDRO RUBIO GARCÍA.

RÍOS GONZÁLEZ, J. ANTONIO: *Educación religiosa de inadaptados.* (Para profesores especializados en Pedagogía terapéutica.) Stirpe, Centro Psicopedagógico de la Familia, 1967.

Publicación dedicada a orientar en este aspecto, y de forma básica, al profesorado que se especializa en las técnicas de educación especial; consta de ocho capítulos bien diferenciados, lógicamente ordenados y cuyo contenido se resuelve con la competencia y agilidad que distinguen al autor, el cual encabeza sus páginas con un párrafo de alocución de Pablo VI a los expertos del BICE en enero de 1964: «Siempre es difícil ser educadores, tanto más cuando se trata de personas cuya inteligencia hundida en una naturaleza rebelde debe ser como recreada. El deficiente tiene necesidad de saber que hay un Dios que lo ama. No puede vivir y morir sin saber esto.»

En el capítulo I hace un encuadre del problema dentro del ámbito psicológico diferencial, ya que el problema de la educación religiosa de sujetos inadaptados debe enmarcarse dentro del campo de la Psicología diferencial que tiene como objeto de estudio las diferencias individuales en la conducta humana; por eso interesa llegar al fondo de la personalidad y a una visión lo más completa posible de la religiosidad que ofrezca el mayor número de garantías de éxito pedagógico.

Considera la religiosidad como fenómeno humano y, por lo tanto, busca y estudia todos los ángulos desde los cuales se pueda estimar la persona humana, dándole un enfoque social y psicopedagógico. Huye, por lo mismo, de posturas de gabinete, válidas solamente en el terreno de lo abstracto pero poco realistas y afectivas para una aplicación práctica aprovechable; no hay que olvidar que se dirige a un profesorado que se encontrará con un contingente numeroso de casos.

No se limita, por otra parte, a insuficientes mentales sino que se refiere ampliamente a todo tipo de sujetos no reduciendo su exposición a los sujetos que tienen dificultades en la esfera de la madurez intelectual sino que incluye también a los caracteriales, inadaptados sociales, delincuentes y toda la gama de ca-

sos especiales que deben tener cabida en las clases diferenciales. Además, trata el tema desde la faceta científico-sacerdotal, al advertir explícitamente que lo aborda como especialista en Psicopedagogía diferencial y aplica los descubrimientos de esta ciencia al planteamiento de la religiosidad, pero su condición sacerdotal le permite completar la visión con las aportaciones que la experiencia le ha mostrado en este sector.

Hace referencia a las características personales de insuficientes e inadaptados recalando con énfasis que es necesario desterrar la consideración de ellos exclusivamente como material patológico, olvidando las consecuencias afectivas que lleva anejo el ser miembros de la comunidad social y eclesial. La Psicología Pastoral moderna nos está insistiendo en la necesidad de llegar a una visión «íntegra» del hombre, a quien hay que santificar y llevar a Dios y que no es una suma de elementos más o menos inconexos entre sí. Es una integración que nos da un hombre completo. Por ello, creemos que en el inadaptado es preciso tener en cuenta los distintos matices de los rasgos de personalidad; un diagnóstico pluridimensional se hace imprescindible a la hora de enfocar la educación religiosa e interpretar la conducta moral que posibilita la educación moral en sentido auténtico.

En un sentido amplio se puede decir que es inadaptado «todo sujeto cuyo condicionamiento físico, psíquico o social reclama modalidades de vida y de educación excepcionales», y el autor pone de relieve cómo las diversas concepciones y criterios opuestos han entorpecido los avances de la especialidad, al no unificarse en un concepto global y básico.

En el capítulo tercero aborda el problema de la educabilidad y vida religiosa del inadaptado y destaca que esta educabilidad no tiene nada que ver con la mayor o menor capacidad de aprender unas nociones proporcionadas a través del Catecismo, ni hay por qué valorar el grado de educabilidad en función de lo que llega a saber intelectualmente el niño o sujeto inadaptado; hay que dar más importancia a lo vital que a lo intelectual o intelectualizado.

Traza después, con claridad que facilita enormemente la comprensión del problema, el esquema de los principios básicos de la vida religiosa del inadaptado así como los aspectos objetivos y subjetivos de la misma con lo que se contrarresta la postura de imposibilidad o ineficacia de los esfuerzos catequísticos. La carga afectiva del insuficiente y la potencia discriminativa del inadaptado deben ser la base de la educación religiosa; no se trata de insistir en los aspectos objetivos sino en los subjetivos de ese caso concreto.

Dios juzgará el amor, y en el desarrollo de esa caridad hay algo que actúa independientemente de las razones que se tengan para amar.

El contenido de la educación religiosa se aborda con competencia y conocimiento experiencial valioso, distinguiendo los aspectos que debe abarcar: verdades dogmáticas, sacramentos y vida de oración, dando normas prácticas que la hagan efectiva y provechosa. Con ello se evita la rutina y hastío, frecuentes en este terreno, si se olvidan los principios elementales de motivación humana.

La catequesis para inadaptados, basada en la fundamentación precedente, apunta datos reales y de efectividad, en cuanto al método, desterrando la tradición memorística, falta de base natural y de eficiencia. La postura del sacerdote en la doble vertiente de acción formativa y pastoral ocupan el penúltimo de los capítulos y requiere una preparación personal más cuidada desde el punto de vista científico y humano, lo mismo para el tratamiento espiritual del inadaptado o deficiente que para la ayuda a sus familias. No basta una formación general del tipo de la recibida en los estudios eclesiales normales, ya que existen estructuras mentales que no pueden aplicarse al educando que tiene una personalidad desequilibrada.

Un sacerdote incorporado al grupo de educadores de niños o jóvenes inadaptados debe conocer todo lo que supone la vida del educando difícil; debe saber qué cosas tiene y desea amar, qué concepto tiene de la vida, de la virtud y del orden sobrenatural. El sacerdote dedicado a este trabajo no puede olvidarse de que sus «conceptos» pueden ser complicados por las alteraciones de la personalidad del que los recibe.

La última parte de la obra se dedica al estudio y análisis de la conducta y educación moral del deficiente mental, aspecto que ha trabajado en profundidad y extensión el P. Ríos, aplicando en numerosa casuística tests de moralidad y cuestionarios sobre los diversos aspectos de la conducta y sentido moral. Los resultados valiosos de esta investigación se concretan en conclusiones precisas sobre la orientación básica del deficiente, en orden a su educación moral, entre las que se destacan como principales:

— Retenemos que la educación moral del insuficiente mental encuentra una base válida en el concepto de «bondad» y «malicia» que posee el sujeto y que no puede ir más allá de los conceptos éticos que habitualmente usa en su vida ordinaria.

— Esta orientación no debe limitarse a la corrección de los

aspectos negativos, sino a la realización de los valores positivos que posee potencialmente, para llevarlos a una mayor perfección.

- Es interesante destacar que los rasgos que explican el concepto de «mal» son una indicación provechosa para entender cuáles podrán ser las desviaciones frecuentes y plantear, de este modo, la educación moral para la corrección de estos rasgos.
- Concluiremos diciendo que la educación moral de los insuficientes mentales debe tener como objetivo fundamental y como base doctrinal de la enseñanza a proporcionar, el potenciamiento de los valores positivos morales que conoce y posee el sujeto mentalmente insuficiente.

La bibliografía, muy bien seleccionada y totalmente apropiada al contenido de la obra, completa el ya de por sí valioso manual de *Educación religiosa para inadaptados*, que aportará a los profesores que se especializan y a los estudiosos en general unas ideas claras y una actuación idónea respecto del problema religioso de insuficientes e inadaptados.—ISABEL DÍAZ ARNAL.

DOTTRENS, MIALARET, RAY y RAST : *Educación e instruir*. Publicaciones de la Unesco. París, 1966. 352 páginas.

En el esfuerzo para mejorar los métodos de enseñanza, la Unesco encargó a los profesores Robert Dottrens, Gastón Mialaret, Michel Ray y Edmond Rast un estudio sobre los propósitos de la educación en el seno de la sociedad democrática europea. El trabajo aparece ahora bajo el título *Educación e instruir* y al señalar las principales etapas de la vida infantil en las aulas, subraya la misión del maestro en la adquisición del saber y de los medios de expresión. Los autores han huído de los métodos ultramodernos no confirmados por la experiencia, por eso tiene más fuerza la afirmación presente en todos los capítulos de que «una escuela fundada en la pura transmisión de conocimientos y en la formación de alumnos capaces de sentir, pensar y actuar como los adultos de hoy, tiene que ser descartada».

Por modesta que sea su misión, el maestro de escuela primaria es ante todo un educador, un agente de progreso económico y social, un revelador de la personalidad cuya actividad cotidiana contribuye a la orientación del humano destino. Hasta fines del siglo XIX ciudades y aldeas vivieron en forma relativamente independiente y como la vida previsible no era distinta de la que

nuestros padres habían conocido, la enseñanza podía contentarse en difundir y repetir las mismas formas de pensamiento y acción. Con el progreso económico, las facilidades del transporte, los medios de información, el progreso científico y tecnológico, esa estabilidad ha desaparecido y entramos de lleno en una época de transformaciones profundas, de problemas inéditos, de aspiraciones y reivindicaciones contradictorias.

Ahora la educación tiene que preocuparse de preparar al niño para el cambio económico, industrial y agrícola, de capacitar al hombre a reaccionar frente a las nuevas condiciones. «Si el aprender la lectura, la escritura y el cálculo fue un ideal de la enseñanza, en un mundo en que la mitad de los niños permanecían en el analfabetismo, ahora la escuela tiene que responder a nuevas y mucho más importantes obligaciones.»

Gracias a la prensa, la radio, el cine y la televisión las posibilidades de aumentar los conocimientos alteran completamente los propósitos de la instrucción. Ahora se trata sobre todo de enseñar a aprender, enseñar a ver, enseñar a escuchar, enseñar a reflexionar. Si bien es cierto que las noticias científicas, los ecos de sociedad, los programas de literatura o de historia en la radio o en el periódico dan lugar a conocimientos fugaces, superficiales y desordenados, también es evidente que contribuyen a sacar al niño de su infancia y a extender su panorama intelectual. En la clase el maestro enseña lo que sabe, pero fuera de las aulas niños y maestros aprenden en forma idéntica lo que todavía ignoran.

Deseos e ideas impropias de su edad, pero reales abrigan en el espíritu de los niños, contra los cuales la escuela y la familia aparecen casi desarmadas. A ello se agrega un nuevo elemento que es el de la prolongación de la escolaridad hasta los catorce y más años de edad, no faltando economistas que profeticen la presencia en las aulas, con carácter obligatorio de los jóvenes de dieciocho y hasta de veinte años de edad. La tasa actual de que un solo niño de cada cinco prosiga los estudios después del nivel primario, quedará invertida en un porvenir muy próximo y todos seguirán en las clases por periodos muy largos de tiempo.

La primera revolución en la educación pública será, según esta monografía de la Unesco, la de poner en el primer plano la educación y no la instrucción. La adquisición de cualidades del carácter será mucho más importante que la de las nociones del saber, pues antes que aprender lo que se ignora, es necesario aprender a comportarse y nadie podrá remediar los defectos de la escuela primaria fundamental, si

el niño no ha sido enseñado a conducirse como es debido consigo mismo y con sus semejantes.

Consideran los pedagogos europeos que ha llegado el momento de dar plenitud al artículo 26 de la Declaración de Derechos del Hombre al decir que «la educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana...».

Preparar a los jóvenes para la vida es ante todo dotarles de la capacidad para defenderse en la vida de mañana, cuya organización, aspiraciones y propósitos serán muy distintos de los de la época presente. Cualquiera que fuere la naturaleza y la duración de los estudios, el saber poner en juego las cualidades intelectuales y afectivas, dominar el nerviosismo y responder a las obligaciones de la solidaridad humana, constituirán las funciones específicas de la educación y para ello la escuela debe resueltamente preparar el porvenir. En tales condiciones el maestro no puede ser un simple negociante de principios, ni un repetidor de lecciones.

Al estudiar los particulares del trabajo escolar, los especialistas consultados por la Unesco se detienen especialmente en los problemas de la personalidad y conocimiento del niño, la enseñanza de la cultura, los métodos y materiales de enseñanza, el aprendizaje de la lengua materna y de las enseñanzas fundamentales, especialmente la escritura, la lectura, la aritmética, el mundo y el medio ambiente, la educación moral y cívica, la educación estética y las ciencias naturales. (Unesco.)

JESÚS GARCÍA JIMÉNEZ : *Televisión, educación y desarrollo en una sociedad de masas*. Obra publicada por el Instituto «Balmes» de Sociología (Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

Si bien es verdad que el padre Jesús García Jiménez no necesita presentación, y menos en esta REVISTA DE EDUCACIÓN, que tantas veces se ve honrada con sus colaboraciones, bueno será recordar, aunque apretadamente, su personalidad, vista, sobre todo, en la vertiente especial de esta obra para comprender mejor su importancia.

El autor es uno de los pocos intelectuales españoles que han prestado, hasta la fecha, atención preferente a los medios de comunicación de masas. Su sólida preparación procede de las universidades alemanas, especialmente Colonia y Frankfurt. Ha recorrido las mejores instalaciones europeas de radio y televisión y ha publicado numerosos artículos sobre radio y televisión en las más importantes revistas especializadas.

Otras obras relacionadas con este tema salidas de su pluma son : *Luz en las antenas. La empresa radiofó-*

nica; *Luz en las antenas. Deontología del hombre y del programa*, y *Radiodifusión Pastoral*. Además es colaborador fijo de los diarios nacionales más prestigiosos y del semanario oficial de TV *Tele-Radio*, en el que ha publicado ya muchos ensayos en torno a la televisión.

En el Ministerio de Información y Turismo dirige la especialidad de «teoría de la comunicación social» del GESTA (Grupo de Estudios de las Técnicas Audiovisuales), y es profesor del Bachillerato de Radio y Televisión y experto en educación fundamental.

La obra que ahora nos ocupa va precedida de un sustancioso prólogo del excelentísimo señor ministro de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne, en el que resume la razón de ser de esta investigación llevada a feliz término por el padre García Jiménez, con estas palabras:

«La televisión no es, como algunos suelen creer, un medio fundamentalmente recreativo. Por el contrario, puede cumplir y de hecho está cumpliendo, una gran labor educativa y de enseñanza. Dentro de nuestra compleja sociedad de masas, la televisión puede y debe ser uno de los grandes medios que utilicemos para lograr un mayor desarrollo de la personalidad humana.»

Completando estas ideas, podemos destacar, en apretada síntesis, las

tres misiones que la televisión tiene para el autor de la obra que comentamos: la informativa, la cultural y la espectacular. Con la primera hay que lograr que lo presente resulte representativo de opciones humanas, que obligue al televidente a tomar posición frente al acontecer, pero por su propia iniciativa. La segunda misión cumple con una programación exigente que tenga en cuenta las necesidades socioculturales y busque el remedio a las mismas utilizando el embrujo de la técnica. La tercera misión consiste en presentar un tipo de diversiones que respondan a la consideración de que el ocio es un valor cultural. No se trata de hacer una televisión para eruditos, ni siquiera reducir el ámbito de las variedades, pero sí dotarlas de un fondo antropológico indudable, de suministrar espectáculos de altura, de hacer que el espectador distinga entre lo que es una obra de arte y lo que es un simple pasatiempo. Porque el hombre está en la diversión con la misma intensidad que en el trabajo más serio.

El padre García Jiménez, después de destacar en el preámbulo la carencia casi completa de bibliografía sobre una Sociología de la Televisión en nuestra Patria, estudia en su obra, en nueve partes, las relaciones de la televisión con las realidades sociales, económicas y familiares;

con el público, la música y la danza, el apostolado y la enseñanza. Al final estudia con detalle la televisión como factor dinámico de interacción social, resaltando la importancia de los teleclubs. Hay que partir de algo cierto: la televisión no puede desatender las exigencias de la población a escala mundial. Y, sin embargo, está planeada para las ciudades y ejerce, al mismo tiempo, una gran fascinación sobre la población rural. Esto es grave. Hay que llegar a un diálogo horizontal y vertical a través de la televisión. Para ello el autor insiste en la necesidad de un equipo de pensamiento, en la creación de teleclubs en los medios rurales. En algunos países (Japón, Francia y la India) están dando magníficos resultados. Actualmente, en España, el Grupo de Estudios sobre Técnicas Audiovisuales, del Ministerio de Información y Turismo, está llevando a buen término el proyecto.

Siguen cuatro apéndices sobre las experiencias españolas acerca de la enseñanza por televisión: el Bachillerato por radio y televisión; televisión española y las experiencias del GESTA; una completa y extensa bibliografía y el índice alfabético de materias coronan las 468 páginas de esta obra tan bien escrita y presentada, que obtendrá el seguro éxito que merece la recia personalidad de su autor.—FRANCISCO RICO.